

PECADO SOCIAL

LA FORMA EN QUE 23 JÓVENES CATÓLICOS cubanos se convirtieron en emigrantes mientras participaban en la XVII Jornada Mundial de la Juventud en Canadá, al menos considerando las declaraciones posteriores de algunos de ellos, manifiesta que faltó honestidad en la comunicación que mantenían con sus Obispos y/o párrocos, durante el periodo anterior a la partida. Algunos dirán que ellos, como otros antes y después, no hicieron otra cosa que “aprovechar la oportunidad”, pero este argumento precisamente confirma la comunicación irreal o deficiente. De oportunidad viene oportunismo, y se puede también ser oportunista sin salir de Cuba. Si ante determinada oportunidad se manifiesta en nosotros otra personalidad que permaneció escondida de modo conciente, esperando la ocasión para actuar de manera contraria a como lo habíamos hecho hasta ese momento, aunque otros no se enteren, se evidencia que antes representábamos un personaje no auténtico.

Hay ocasiones en la historia del hombre en que la falsedad, el oportunismo, el doble discurso, jugar doble o en dos bandos a la vez, la doble moral como se suele llamar hoy, manifiestan la lucha por la supervivencia, ya sea como una respuesta a la violencia contra la libertad individual, o como un acomodarse a las reglas del juego, cuando no hay juego limpio, sin embargo la justificación de la conservación enmascara, mas no borra la mentira. Creo que algo de esto hay entre nosotros, conformando, en buena medida, una especie de pecado social.

Recuerdo mi primera *lección ideológica*. Fue en Ciudad Libertad, Primer grado, poco menos de cinco años de edad. En una planilla me preguntaban si quería ser pionero, marqué “No”, más por imitación a un estudiante mayor que por convicción. Mi maestra “makarenko”, de quien recuerdo mucho más que su nombre y apellidos, gritando me repitió la pregunta delante de todos en el aula: “¿Tu no quieres ser pionero?!” Aterrado y sorprendido por sus gritos, sin saber nada de causas y efectos, volví a responder que no. Pero un fuerte golpe en las palmas de las manos con cinco o siete reglas de madera *me ayudaron a comprender el error*: “¿Tu no quieres ser pionero?!” repitió, “Sí” le dije, y claro que lloré, y ella *me enseñó* a no hablar de aquello en casa. Es verdad que los “makarenkos” duraron poco -y demasiado-, pero aquella me forzó a decir lo que ella esperaba oír, no lo que yo quería decir. Yo mentí, y ella se mintió a sí misma, y a los superiores también, pero ya todos sus alumnos eran pioneros. Hoy ya ni siquiera se hace la pregunta: todos los niños cubanos son “pioneros por el comunismo”, aunque mañana sus vidas tomen otro rumbo.

A mediados de los años 90s llegué una noche a Santiago de Cuba y en el aeropuerto alquilé un “botero” para ir al Cobre. El conductor del estridente *Moskvich* tenía deseos de hablar y yo también. Como el derecho a comprar *Moskvich*, *Ladas* o *Fiats* había sido concedido a los médicos internacionalistas, profesionales u obreros destacados, entre otros, le pregunté al conductor cuál era su profesión. “Machetero”, me dijo. Había participado en muchas zafras y así compró el carro, y como machetero destacado se había ganado también el derecho a comprar el acondicionador de aire, a adquirir una casa, el televisor, la lavadora y el refrigerador. Era la primera vez que tenía ante mí a un machetero “millonario”, y lo felicité por ello, pues imaginaba lo duro que debía ser ese trabajo durante meses y años. Aún hoy no sé qué lo animó a revelarme el secreto de sus millones: cortaba mucho, pero no tanto como se escribía en el papel. Ganaba por arrobos de caña cortadas bastante dinero, más que el Jefe de la Brigada, entonces él daba dinero al Jefe, y éste le aumentaba los números convirtiéndolo en “millonario”, el aval necesario para salir victorioso en las asambleas donde se otorgaban los derechos de compras.

Hace unas semanas leí en *Juventud Rebelde* (Dominical, 18-8-2002) el patético testimonio de un joven que luchaba por dejar las drogas. La marihuana, después la cocaína y el crack le habían llevado al límite de su existencia. Hoy sabemos que las terribles drogas duras (cocaína y crack) se consumen entre nosotros de forma ilegal pero extendida y articulada, en las calles, en centros recreativos, en no pocas escuelas de régimen interno que conocemos como “becas”, pero lo que revelaba el trabajo ejemplarizante del diario *Juventud Rebelde* es que la droga fuerte comenzó su estrago hace muchos años, mientras oíamos insistentemente que nuestra juventud y nuestro país estaban libres de drogas. El joven del texto había llegado a la cocaína a comienzos de los 80s.

Todos estos casos, aislados en el tiempo pero no en el espacio, reflejan una crisis de comunicación y por tanto de las relaciones sociales. Todos los niños no han sido maltratados ni todos los maestros han presionado de forma violenta, pues hubo otros métodos más sutiles como la terrible frase dicha a tantos padres: “al niño no le conviene...”; no todos los macheteros han inflado sus cortes y muchos hicieron su trabajo, y lo hacen, convencidos de su aporte social. Pero la *necesidad de la unidad*, de que todos los niños sean pioneros o que todos los macheteros

emulen por el primer lugar, estimularon el engaño, la simulación, la comunicación falsa. Estoy convencido que los oportunistas al cien por ciento, o los falsos al cien por ciento, son una minoría en el ámbito social, pero una minoría que puede ser generada por cómplices activos -los que compulsan- y a su vez generar una mayoría de cómplices pasivos, que puede convertirse también en activa. Es lo que se manifiesta cuando justificamos nuestras violaciones, contra las leyes o contra nuestra conciencia, con frases como “luchando...”, “imagínate, ¿qué voy a hacer?”, “yo no quisiera pero si no lo hago...”

Creo que mucho ha influido el paradigma idealizado hasta grados superlativos del hombre-nuevo-revolucionario y el empeño por divulgarlo como ejemplo mejor -único- a través de aquellos que han sintetizado en sí virtudes humanas y han elegido la única opción política que rige entre nosotros. El deseo de forzar la unidad en aquel hombre ideal, apelando a todos los recursos disponibles, incluidos los medios de comunicación, y considerando toda otra manifestación como despreciable o débil, se convierte por fuerza en *la meta social*, en unidad de medida regente pero alterando la comunicación y la convivencia humanas, si interpretamos los hechos sociales como signos de la comunicación. Según el caso expuesto en *Juventud Rebelde*, ¿qué pensaría el joven drogadicto ya hace más de veinte años, sus amigos o su médico, cada vez que escuchaban en la radio o leían en la prensa que Cuba era un país libre de drogas?

Pero como en realidad todos los hombres no son iguales, la acción desmesurada sobre las personas, en nombre del consumo o la ideología, produce una reacción de rechazo o alejamiento necesario para sobrevivir o poder regresar y contactar. Abraham Moles, especialista en comunicación, lo explica muy bien: “El individuo sólo acepta verdaderamente a la sociedad en la medida en que es capaz de rechazarla; si no es así, si se ve forzado a llevar una vida demasiado socializada, sin poder escapar a la comunidad entera para encontrarse consigo mismo en el espejo de su medio familiar, aquel que reflejan los *self media* (los medios de comunicación propios), entonces no rechazará a la sociedad y la sufrirá desarrollando su agresividad y siendo su *mal de vida*”.

La *agresividad*, creciente, merecería un análisis aparte. El *mal de vida* se traduce en doble moral y engaño, en el escape externo o interno. Si digo sólo lo que mis superiores esperan que diga para ser aceptado, si cumplo con todas las *tareas asignadas* para que me dejen tranquilo y obtener a escondidas beneficios ilegales, si las diferencias ideológicas me permiten dialogar con unos y cerrar la puerta a otros, etc., introduzco una dicotomía en mi vida difícil de manejar y de esconder, que me impedirá mantener una comunicación sana con otros. También los honestos se verán afectados por el virus de la doblez, pues una conciencia recta no puede evitar sufrir ante un mal social que no puede remediar...

Pero mientras tengamos honestos, tendremos lámparas encendidas.

Mas los pecados, tanto personales como sociales tienen redención. Creo, como San Agustín, que no somos personas malas, aunque participemos, paradójicamente de modo solidario, en un mal social. Más bien padecemos de un error de perspectiva, de una errada interpretación de la naturaleza humana. Sólo existen hombres y mujeres que reúnen a la vez virtudes y faltas, deseo y voluntad, y así dan cuerpo a la sociedad, crean, conforman y deforman las instituciones.

Pienso, como el santo de Hipona, que Dios creó el bien, no el mal. Lo que se ha corrompido con el mal, antes fue bueno y puede volver a ser bueno. Si somos solidarios en la falta, porque la compartimos al compartir la sociedad, podemos ser solidarios en la redención. Las instituciones políticas y sociales, las familias y la Iglesia tienen una responsabilidad común. Estoy convencido de la misión intransferible del Estado, y de su grave responsabilidad, en muchos renglones de la vida social, uno de ellos es, precisamente, encauzar las diferencias de los ciudadanos, no negarlas, y estimular y garantizar la participación de todos. La familia ha sido nuestro refugio, donde escuchamos o repetimos aquello de “esto no se puede hablar en la calle”; pero es también en la familia donde se debe y puede lograr mejor respuesta a este mal: es necesario jerarquizar la verdad responsable, y expresarla no sólo como un derecho, sino como un deber en las relaciones interpersonales y sociales; y saber escuchar la verdad de otros, que es también derecho y deber. La Iglesia debe enseñar una y otra vez a los fieles, y a todos sus miembros, que la mentira es contraria a Cristo, que la conversión auténtica exige un propósito de revisión y perfección constante de la propia vida o no es tal. Tal vez este pecado social no desaparezca totalmente, pero esto ayudaría a entender la mentira como contravalor que debe ser sustituido a nivel de conciencia y de vida, individual y social, por la verdad como valor auténtico y necesario.

Lo que está en juego no es una unidad edificada sobre el supuesto que nos considera a todos iguales, pues ello podría provocar la continuidad de este mal si se desconoce la maravillosa subjetividad humana.

Lo que está en juego, como demuestra el caso de los jóvenes cubanos en Canadá y otros ejemplos de oportunismo interno, es la salud social: el rescate y permanencia de la verdad y la honestidad como valores trascendentes, pilares indispensables de toda sociedad sana en la que sus habitantes aspiren compartir un espacio de unidad en la diversidad, en el respeto, en un ideal posible, uno sólo, que nos una como pueblo y como nación. Y este ideal no se alcanza con valores económicos ni políticos, sino humanos: por la certeza de que hemos nacido para el bien, que es posible dar al otro lo bueno que tenemos a la vez que esperamos otro tanto sin dejar de ser nosotros, convencidos que juntos debemos forjar el bien común. Ω